

OBITUARIO



Maria Ester Albeck (Mariette)
1952 – 2020

Maria Ester Albeck (Mariette)

No me pidan que escriba una reseña sobre quien fue Mariette desde un lugar que no sea el del corazón... Es la primera vez que tengo que escribir un texto de este tipo en toda mi carrera. Por ello busqué ejemplos de obituarios, semblanzas y biografías necrológicas (nos reiríamos con ella aquí, recordando el relato que contaba de aquel profesor, al que escuchó explicar el significado de “necrópolis: necro=muerte, polis=muchos”, ergo, “necrópolis= ¡muchos muertos!”).

Bueno, sí, está bien, algunos datos de esos clásicos curriculares voy a poner, pero no me pidan que escriba desde ese lugar. Su cv sigue on line y también sus trabajos en academia.edu, y por cierto, su vasta producción dejará huella por mucho tiempo.

Mariette nació en la provincia de Buenos Aires, Argentina un 12 de octubre. Esa fecha sí la sé, porque cada año festejaba con hermosas fiestas su cumpleaños, y porque es una fecha fácil de recordar para cualquier americano o americana y Mariette ciertamente era muy americana. Hija de migrantes daneses, sus relatos de origen siempre remitían a Necochea, como uno de sus hogares. Y ese segmento de su identidad la definió no sólo en sus rasgos fenotípicos y en habilidades especiales en la cocina, sino también en algunos de esos hábitos gringos de origen protestante, como la sencillez; el valor de la palabra; la precisión en cada concepto; la puntualidad y su obstinada persistencia por cumplir lo que se proponía o lo que le pedían. Pero, además, Mariette era muy memoriosa. Se acordaba de todo, de detalles que hubiéramos olvidado rápido, y los contaba con mucha gracia. Era una gran narradora de cuentos e historias. No sé si a ella le gustaría esta nota en su recuerdo. Si ella hubiera escrito mi obituario seguro se habría acordado de situaciones, anécdotas y datos de mi propia vida que yo ya olvidé. Pero bueno, me tocó a mí escribir sobre ella, y yo sólo puedo hacerlo desde esta experiencia vivida a su lado, y desde el corazón. Espero que no se enoje y disfrute del relato de esta desmemoriada, imprecisa y poco formal arqueóloga que le tocó como primera becaria...

Estudió en la Universidad de La Plata la carrera de Antropología con orientación Arqueología. Eso también lo sé porque estaba orgullosa de su orientación. Mariette sabía mucho de plantas, de biología, de ambientes, de paleontología. Era como una viajera naturalista en ese sentido, digna hija de ese Museo de La Plata, lo cual, junto a su prodigiosa memoria, la hacían ciertamente una mujer sabia. “Eso tengo que preguntárselo a Mariette”, decíamos todos aquellos que dudábamos de algo.

En la década de los '80, ya como arqueóloga, la vemos moverse de la mano docente de Pedro Krapovikas en la Puna jujeña, precursores ambos de pensar la agricultura pre-

hispanica en esas regiones donde los modelos de entonces no contemplaban que la agricultura podía ser posible fuera de los valles. Y ese encanto de Jujuy la engulichó nomás, porque un día, siendo muy joven, tomó sus petates y se mudó a la Quebrada de Humahuaca, con su amiga y también joven becaria, Beatriz Cremonte, para vivir en la Residencia Universitaria (¡y contamos del fantasma de Casanova que rondaba por allí!), siguiendo los proyectos y la experiencia integradora de Guillermo Madrazzo. Desde allí, y bajo la dirección de Augusto Cardich (que había publicado aquel trabajo de los límites de la agricultura en los Andes peruanos), hizo su doctorado en la Universidad de La Plata, desarrollando la primera investigación exhaustiva sobre las variaciones de los sistemas agrícolas en la puna de Casabindo (Jujuy). Mariette fue pionera en los estudios que implican la utilización no sólo de nuevas técnicas de datación como la liquenometría, y de estudios microambientales y experimentales en la zona, sino que fue el primer trabajo sistemático y prolongado en abordar el tema en nuestro país. Y siempre nos pedía que dejemos de mirar modelos etnográficos peruanos y bolivianos porque “el NOA es diferente y tiene su propia identidad agrícola”.

Le gustaba manejar Citroëns y era guapa y aguerrida en eso. Cuenta la leyenda que cuando ella y Cristina Scattolin fueron a Laguna Blanca a inicios de los años '80 a relevar los campos de cultivo, los lugareños miraban asombrados al Citroën 3CV y le llamaban “el camioncito”, porque era el primer auto que veían en ese camino y no tenían nombre para nombrarlo. Dos mujeres “solas” manejando en aquellas punas y caminos rugosos sin tránsito regular, era una imagen desconocida para ellos y para la arqueología de entonces.

Mientras hacía su tesis doctoral, participaba de los proyectos de Myriam Tarragó, relevando los campos agrícolas prehispánicos de la Quebrada de Humahuaca. Recuerdo que yo estaba en Buenos Aires con mi beca de Pre iniciación y vi a Myriam maravillada con un sobre que le había llegado de Jujuy y nos mostraba con entusiasmo: ¡me pide disculpas porque dice que no pudo hacer nada y miren los relevamientos de Alfarcito que me manda! Todxs nos aglutinamos a ver esos mapas y planos maravillosos de la vida agrícola que empezaba a despuntar en la academia.

Yo creo que fue la primera vez que escuché hablar de ella. De a poco, la agricultura era todo lo que me interesaba de la arqueología ya. Su trabajo en Laguna Blanca y los estudios de liquenometría que ya estaba haciendo en la Puna eran la referencia más interesante de todo lo que había leído sobre el tema.

Cuando decidí dejar mi beca de CONICET por problemas con mi entonces director, Cristina Scattolin me aconsejó “Ale ¿por qué no hablas con Mariette?” Me dio el contacto, me fui a Uquía, donde ya vivía y le dije que quería estudiar agricultura andina en Catamarca. En El Molino, Mariette, que recién me conocía, me alojó en su casa, desplegó bibliografía, masitas danesas, vimos fotos aéreas, acaricié sus gatos, me explicó cómo abordar el tema,

y cubrió con creces mis expectativas de que alguien me dirigiera en serio, honrando mi curiosidad científica y mi vocación social.

En 1993 defiende su tesis doctoral: “Contribución al estudio de los sistemas agrícolas prehispánicos de Casabindo, Puna de Jujuy”, que fue realmente un trabajo pionero para nuestra arqueología. Hoy, no hay estudio en agricultura prehispánica que no abrevie en la tradición que ella inició.

Luego se ocupó de otros temas que también la apasionaron como, por ejemplo, las genealogías familiares a través de los apellidos. La escuchaba hablar con la fascinación de quien la curiosidad por saber embriaga, acerca de los vínculos que estaban haciendo junto a Emma Alfaro y Silvia Palomeque, sobre los apellidos atacamas en la quebrada. En ese sentido, se movía con mucha comodidad en el trabajo interdisciplinario. Luego sus estudios sobre Tucute y la necesidad de hacer y terminar el inmenso mapa del sitio le llevaron los últimos años de su vida académica.

Nunca fui su alumna en un aula, pero sí la vi dando cursos de postgrado. Y allí vi que no solo tenía buena memoria y era una cultora de los datos precisos, sino que tenía una gran vocación docente. Fue profesora Titular en la Universidad Nacional de Jujuy, investigadora Principal en CONICET, editora de libros de arqueología y organizadora de eventos académicos muy importantes. Fue directora del Instituto Interdisciplinario Tilcara. Desde su querida Quebrada de Humahuaca se ocupó también de desarrollar una amplia tarea de divulgación científica y protección del patrimonio cultural.

Mariette era, además, buena amiga, buena anfitriona, buena persona. Era capaz de hasta de anfitriona a una reina escandinava. Lo veías cuando la gente llegaba a su casa de Uquia; junto a su hermosa familia alojaba, ayudaba, daba de comer y te hacía la visita al molino. Todavía estaba incluso el abuelo, y se reían porque los turistas le sacaban fotos, como “lugareño típico”. O la vicuñita guachita que tenían de su emprendimiento para lana y te perseguía por la casa hasta el baño. Todo era fácil y fluía porque Mariette siempre estaba disponible para atender y conversar. Y entonces, en ese clima cálido, sea tomando un té con sus *danske cookies* o un pan casero, escuchando sus cuentos y relatos era fácil que el sol de la quebrada quisiera quedarse para siempre en tu corazón.

Alejandra Korstanje
Almagro, Buenos Aires, agosto 2020.